

BERNARDINO RIVADAVIA. EL PRIMER PRESIDENTE ARGENTINO

Klaus Gallo, Edhasa, Buenos Aires, 2012, 207 págs.

Martín Oliver

En una época en la que se debate ampliamente el pasado argentino, casi al borde de convertirlo en una obsesión colectiva, y en la que no escasean las visitas a ese pasado para ponerlo al servicio de causas actuales, es bueno contar con un libro tan balanceado y lleno de matices como el de Klaus Gallo. El trabajo está dedicado a recorrer y analizar los avatares de una vida dedicada a la política. A la política como acuerdo, combate, negociación y lucha, pero también a la política como centro privilegiado de decisiones para influir en la cultura, la educación, las ideas, las relaciones internacionales, y la economía. Por eso se trata, también, de un trabajo dedicado a explorar el cambio. O, mejor, a explorar la injerencia que en una época de cambios pudo tener un hombre dispuesto a esforzarse por poner una sociedad “a la altura de las luces del siglo”; a abrirle paso, en definitiva, a la modernidad. La ventaja de ver este proceso a través de una biografía es que las explicaciones no derivan del influjo de tendencias anónimas a menudo difíciles de asir. Lo que nos hace comprender el proceso es aquí la acción humana, la capacidad de los hombres para comprometerse, ir más allá de las situaciones dadas y transformar una realidad que juzgan deficiente. Sin guías, sin certezas, pero con ideas y convicciones que se llevan a la acción. Hoy que se ha puesto de moda la historia ligera, mal llamada de divulgación, y que frecuentemente divulga el error y la falsedad, ha visto la luz un nuevo trabajo de historia seria, de la que se atreve a encarar los grandes temas, rehúye al facilismo y no tiene nada de aburrida. Al contrario, es capaz de atrapar a sus lectores y darles armas para que confronten por sí mismos los problemas del pasado.

La trayectoria política de Rivadavia empieza con una fugaz incursión en el cabildo, donde se desempeñó como Alférez Real, pero fue el Primer Triunvirato el que le brindó tempranamente la oportunidad para que

desplegara sus talentos. Al poco tiempo viaja a Europa como enviado diplomático del Directorio y se abre en su vida un período plagado de desventuras que el autor va revelando paso a paso. La transición de un momento a otro de la carrera de Rivadavia, y esto a lo largo de todo el texto, está hecha, para beneficio del lector, a través de claras y concisas descripciones de la situación política rioplatense y europea. Así, una vez que Rivadavia se instala en el viejo continente para residir en él seis años, es posible comprender mejor los enredos diplomáticos en los que se involucra para lograr el éxito del plan revolucionario: persuadir a un monarca europeo sobre la conveniencia de gobernar un rincón del mundo poblado de súbditos disponibles. Este capítulo inicial se cierra con un momento de tensión ya que, decepción tras decepción, la reputación de este diplomático improvisado parecía desmoronarse. Es un hallazgo en este sentido la carta del ministro plenipotenciario chileno, Antonio de Irisarri. Allí, con frases lapidarias que hoy mueven a la sonrisa, el ministro chileno se refiere a Rivadavia alternativamente como “la vieja más vieja de todo el mundo”, “la bola más redonda de todas las bolas redondas”, y como “tonel de viento”, para terminar asegurando con desdén que don Bernardino sólo se codea en Europa con el señor Condarco, “que vive en una tocinería y que desde luego, con su aplicación a la mecánica, debe ya haber aprendido a curar un jamón perfectamente”, razón por la cual el olor a tocino de ambos diplomáticos podía detectarse a veinte leguas de distancia.

En el siguiente capítulo el autor demuestra que este tipo de comentarios eran del todo antojadizos. A pesar de los reveses que sufría en su labor diplomática, Rivadavia no optó por la pasividad y la desesperanza, o mismo el abandono, sino que empezó a tomar contacto con varios protagonistas de la vida intelectual inglesa y francesa. Su encuentro con Jeremy Bentham y James Mill en Inglaterra, y con Destutt de Tracy y el abate Dominique de Pradt en Francia dejarían una huella indeleble en su manera de pensar la forma de gobierno más conveniente para el Estado naciente. El contacto con las ideas del utilitarismo y los Idéologues, sugiere Gallo, fue un estímulo directo para que Rivadavia abandonara progresivamente la alternativa monárquica y se volcase definitivamente en favor de la república. Un punto interesante en lo que revela el autor es que Rivadavia no se acercó a los círculos liberales de raigambre whig (en los que se prefería la alternativa monárquica constitucional para América Latina) sino a los personajes más eminentes del ala moderada del reformismo radical. Con prudencia, Gallo

concluye que Rivadavia “no quiso o no pudo” vincularse al grupo de Holland House; el dato central es que la mayoría de los miembros de aquellos círculos no simpatizaba con la causa de la emancipación sudamericana. Ante la falta de pruebas inapelables, determinar firmemente si su viraje a la república fue producto de la convicción o la conveniencia es puro ejercicio conjetural. Lo que no deja margen para la especulación es la “poderosa influencia” que las lecciones de Bentham y el republicanismo ilustrado de los *Ideologues* ejercieron sobre el ideario político del primer presidente argentino.

Esto puede verse con detalle en los capítulos dedicados no sólo a describir sino también a analizar las reformas políticas y culturales que impulsó Rivadavia como Ministro de Gobierno de Buenos Aires. En sus medidas encuentra Gallo claros vínculos con las exigencias que el utilitarismo y la *idéologie* pregonaban para reforzar la vida republicana de una sociedad. Con un manejo notable del contexto cultural y político de Londres y París en la era del Congreso de Viena, el autor enlaza entonces una a una las ideas directrices de aquellos movimientos con las principales medidas que adoptó Rivadavia durante su gestión ministerial, en dos capítulos de gran riqueza empírica y conceptual.

Entre las acciones que impulsó Rivadavia se contaron la supresión del cabildo, la implantación de un nuevo procedimiento legislativo (con su correlato arquitectónico), la supresión de diversas órdenes religiosas, la reforma del clero, la reforma militar -que le depararía varios dolores de cabeza-, la creación de diversas instituciones financieras, la introducción del catastro, la Enfiteusis, la ampliación de la libertad de prensa, el fomento del arte y la cultura -música y literatura pero, sobre todo, teatro-, la creación de la Universidad de Buenos Aires, y el desarrollo de varios proyectos urbanísticos y arquitectónicos que pretendían darle un perfil más moderno a la fisonomía de la ciudad.

El punto de partida de todo este gran movimiento legislativo fue la Reforma Electoral. Sobre este tema Gallo desarrolla un argumento que dialoga críticamente con el de Marcela Ternavasio, autora de referencia ineludible para el período y para el estudio de la representación política en el Río de la Plata. En este debate amistoso y productivo Gallo no se muestra del todo convencido sobre los orígenes intelectuales que Ternavasio le imputa a la ley electoral del '21. Para dicha autora la sanción de esta ley, que introducía el voto universal masculino y el voto directo para la elección de

legisladores, fue producto de un reflejo pragmático antes que ideológico, y su fuente de inspiración habría estado en un texto de Benjamin Constant escrito en 1815. Para Gallo, en cambio, habría que darle algún crédito a la posibilidad de que esta ley haya estado inspirada en las ideas de Bentham y Destutt de Tracy, ya que en sus propuestas el voto no era censitario, debía servir para la elección directa de legisladores, y se ejercía bajo la forma republicana de gobierno. Si bien Constant, observa Gallo, abogaba por el voto popular directo, lo hacía supeditando el acceso al voto a la capacidad impositiva del individuo, y lo pensaba en el contexto de una monarquía representativa.

La apabullante cantidad de medidas que tomó Rivadavia en este período podría sugerir que de la noche a la mañana Buenos Aires pasó de ser una aldea subalterna a convertirse en “la Atenas del plata” con la que soñaba el grupo rivadaviano. Para evitar esta falsa idea Gallo matiza la imagen ayudado por un testimonio recogido entre las memorias de Tomás de Iriarte. Allí el militar recuerda que “saliendo de un radio de cuatro cuadradas de la plaza de la Victoria, que era lo único que de Buenos Aires conocía Rivadavia, se encontraba uno repentinamente con otro pueblo”. Dentro de aquel radio la ciudad “era verdaderamente europea en sus hábitos, sus usos, su modo de ver, y discurrir”. Fuera de esos estrechos límites, la ciudad, en cambio, “era árabe, abisinia, tártara, semisalvaje; y Rivadavia quería instantáneamente, con sólo decretos, hacerla europea”. Se mezclaban, entonces, las dos caras de una misma moneda; decretos ambiciosos debían convivir con una sociedad que no se ajustaba automáticamente a las ilustradas intenciones de la ley.

La faceta de la vida de Rivadavia que el final del libro saca a la luz y pone en primer plano es la de sus traumáticas relaciones con Gran Bretaña. En esta sección el trabajo de Gallo realmente sobresale pues logra reflexionar sobre temas controvertidos con refrescante limpieza argumental. Muestra, en efecto, que si bien durante un tiempo la reputación de Rivadavia entre los ingleses fue inmejorable, a medida que tomaba decisiones, sobre todo desde la Presidencia -y a pesar de haberse resuelto favorablemente la cuestión del reconocimiento-, el idilio comenzaría a resquebrajarse, y la armonía inicial iría dando lugar a las críticas, la desconfianza y la animosidad. Las rispideces fueron alimentadas sobre todo por sus confusas actividades en Inglaterra -en las que muchos veían borrarse la frontera entre lo público y lo privado-, y por los desastres internos y externos que

provocaba la guerra con el Brasil. Así, en lugar de un cuadro estático y maniqueo, Gallo presenta una relación compleja y cargada de ambigüedades, restituyendo bajo los criterios de su tiempo el conjunto de dificultades que Rivadavia tuvo que enfrentar. Logra por eso un análisis en el que las conclusiones no anteceden a la investigación y en el cual cada inciso polémico está pensado en su propio contexto. Eso abre la posibilidad de ver los éxitos y desventuras que atravesó Rivadavia con los ojos de sus contemporáneos. Allí se decidió su suerte; y el trabajo de Gallo tiene la ventaja de no erigirse en un nuevo tribunal.

Finalmente llegaría el tiempo de la construcción del mito. A esta labor de generaciones, Sarmiento y Mitre, por ejemplo, hicieron su aporte al hablar en la recepción de sus restos, ocasión en la que elevaron su figura al altar de los próceres y en la cual Sarmiento recomendó colocar su busto en todas las escuelas, mientras Mitre pretendía ubicarlo como una suerte de fundador de la tradición liberal argentina. Esta operación no era del todo inocente. Como dedujo Halperín Donghi, era una buena manera de inventarle a la provincia un pasado más decoroso que los veinticinco años de identificación con el predominio de Rosas. Luego, con el correr del tiempo, nuevas corrientes de pensamiento le agregarían al mito una no menos simplificadora versión revisionista. Llegarían entonces los rótulos de “vendepatria” y “pro inglés”, calificativos tributarios de una mirada que amplificaba algunos aspectos de su compleja relación con Gran Bretaña y dejaba de lado amplias regiones de aquel vínculo inestable. Se trataba en definitiva de una relación, señala Gallo, que en cuanto a sus vaivenes y ambigüedades no se diferencia demasiado de la que pudo tener con el mismo país el gran oponente de Rivadavia en las versiones convencionales: Juan Manuel de Rosas. Si se tiene en cuenta, por caso, que, a pesar de haber tenido que lidiar con el bloqueo anglo-francés, Rosas contó siempre con el apoyo de la mayoría de los diplomáticos británicos que vivían en Buenos Aires, se puede hacer menos tajante la línea que lo separa de Rivadavia en materia de política exterior.

Esta manera de desmontar ideas arraigadas es frecuente a lo largo del libro, donde también abundan las referencias explícitas e implícitas a distintos debates y perspectivas que surcan la historiografía argentina. Los planteos que así vertebran el estudio son sutiles aperturas que invitan, sin pirotecnia ni efectismo, a matizar las etiquetas que el uso político habitualmente imprime en la historia.